



Reis. Revista Española de Investigaciones
Sociológicas
ISSN: 0210-5233
consejo.editorial@cis.es
Centro de Investigaciones Sociológicas
España

Sánchez Capdequí, Celso
Los nuevos desafíos de Europa
Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 115, 2006, pp. 349-353
Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99715243013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Los nuevos desafíos de Europa

En un espacio muy breve de tiempo han aparecido en nuestras librerías un conjunto de monografías que tienen como objeto de debate a Europa. Autores contemporáneos tan significados como G. Steiner, Z. Bauman, J. Habermas y U. Beck (junto a E. Grande)* han dedicado parte de sus reflexiones más recientes a pensar los nuevos desafíos de una Europa que ya no se reconoce en su vieja fisonomía e industria y que vive en un escenario enigmático, inestable e imprevisible que, en buena parte, lleva su sello. Aunque producto de su propia cosecha, éste le obliga a repensarse. Realidades sociales tan ceñidas a su pasado hegemónico como el Estado, el Sujeto (cartesiano), la Razón, la Historia, el Progreso, la Diferenciación y otras se van desvaneciendo en un contexto contemporáneo, como el de *la modernidad líquida* (Bauman) y *la sociedad de flujos* (Castells), que, de alcance global y planetario, se aviene mejor a la heterarquía, digiere mejor lo provisional y se apresta a la revisión constante de ideas, identidades y fronteras con motivo del dinamismo que le constituye.

Como el resto de realidades sociales, Europa parece estar en crisis. O, por lo menos, los textos que aquí se comentan ponen de manifiesto que Europa ha dejado de ser un *hecho político*

y social para convertirse en un *hacer*, un experimento, un desafío. No acierta a ver sus límites. Por ello se dispone a reinventarlos. En sus contornos hoy difusos presenta algo de esa *reflexividad* a la que apuntan los sociólogos contemporáneos y, en especial, Ulrich Beck. Su posible crisis no obedece a un mal funcionamiento de sus estructuras o a un desajuste provisional de alguno de sus mecanismos. Más bien se trata de que el mundo de hoy, al que ella ha contribuido a diseñar como nadie, ofrece un semblante y unas inercias que obligan a la revisión constante y a la autorreflexividad. Algo que, por otra parte, constituye una de las almas que conforman el perfil de Europa, la de *la autonomía*, que, frente a la de *la heteronomía*, también alimentada por ella en diferentes episodios históricos, promueve el debate y la duda, la reflexión filosófica y la discusión política como actividades con las que cabe *iniciar y fundar nuevas realidades*.

Esta tarea de reflexión en torno a Europa echa raíces en un horizonte social en el que, tras la caída del bloque comunista, resplandece con luz propia el poder económico, militar y político de la potencia norteamericana. Su afán por la seguridad ha convertido el mundo en un escenario poblado de miedos, cargado de rostros sospechosos, necesitado de controles alegales y carente de derechos y normas democráticas. Más aún, ha promovido la existencia del *otro* frente al cual fundar y asentar la hegemonía, en

* G. Steiner, *La idea de Europa*, Siruela, 2005; Z. Bauman, *Europa*, Losada, 2006; J. Habermas, *El Occidente escindido*, Trotta, 2006; U. Beck y E. Grande, *La Europa cosmopolita*, Paidós, 2006.

CRÍTICA DE LIBROS

este caso el plural y complejo universo musulmán, que (según su parecer) riega el mundo de odio, fanatismo y peligro. Dispuesta la nueva situación de confrontación, sólo cabe esperar *el choque de civilizaciones*, el cuerpo a cuerpo militarizado, la ausencia de reflexión, la intimidación constante. De algún modo, *Leviatán* vuelve al primer plano de nuestra convivencia (si es que en algún momento lo había abandonado).

En este contexto, Europa pretende reivindicarse como un *global player* a partir de sus tradiciones democráticas que, remontándose hasta Kant, Rousseau y otros, inciden en la figura del ciudadano cosmopolita. Europa no se ofrece como solución a los males que aquejan a nuestras sociedades; al mismo tiempo, pretende distanciarse de errores del pasado cuyo recuerdo traumático (colonialismo, imperialismo, el Holocausto, etc.) sigue vivo entre nosotros, y, sobre todo, se plantea a sí misma como problema. Se convierte en su propio desafío, dando muestras en este horizonte de sobrevigilancia policial y militar de que cabe hacer política, ensayar nuevas jugadas, experimentar con uno mismo, abrirse a la pluralidad reinante. Una vez más, el legado de Kant sigue constituyendo un capital simbólico que palpita en el imaginario europeo, alejando un compromiso moral y político que va más allá de sus fronteras geográficas y remite al conjunto de individuos que encarnan la humanidad.

En este sentido, el texto de Steiner, titulado *La idea de Europa*, ofrece un enfoque cultural para determinar los hábitos y las tendencias que definen a Europa, en este caso, frente al coloso norteamericano, que se afana por imponer su *modus vivendi* como única voz de un mundo

cada vez más coral. La pretensión de este trabajo no es otra que la de reivindicar a Europa como una tradición secular que, a pesar de sus pretensiones hegemónicas en tiempos no muy lejanos, ofrece recursos culturales, espirituales y científicos de enorme utilidad para ejercer la crítica, para trazar nuevos dibujos y sesgos de la vida social y para corregir inercias fundamentalistas que se ciernen sobre nosotros. Así, el café típico de las grandes metrópolis europeas como fermento de las corrientes intelectuales y foco de la crítica social; la benevolencia de un espacio físico que, sin los desiertos y los grandes bosques norteamericanos, se brinda al paseo revelador y cómplice; el papel de la memoria de las grandes celebridades del mundo del arte, la ciencia y la política como referentes canónicos del hacer humano que da nombre a las calles y plazas de las ciudades europeas; la doble presencia de Atenas y Jerusalén, es decir, de la meditación metafísica, el pensamiento matemático y la música, por un lado, y de la idea de Libro Supremo, la ley como algo ligado a los mandamientos morales y un tiempo orientado a un propósito por otro; así como, por último, el marchamo escatológico que parece ofrecer un punto final a su despliegue histórico, confrontan a Europa con una tradición norteamericana en la que, en especial, destacan rasgos como la ausencia de la memoria y del pasado, la presencia de un futuro abierto y de una promesa aún por cumplir, y la propagación de un capitalismo hoy de consumo que se reproduce bajo un estado de diversión y celebración constante.

Por otra parte, el texto de Bauman, *Europa*, subraya lo que ésta tiene de más característico, la aventura. Además de pasar revista a asuntos

de máxima relevancia para el hombre de hoy, Bauman dedica las primeras páginas del libro a desmenuzar el espíritu de riesgo que define una manera de proceder y hacer que, por ello mismo, no repara en esencias y naturalezas. Si Europa es algo, es *hacer*, viaje, aventura, desafío, descubrimiento de lo desconocido. Si sus contribuciones al mundo actual han sido muchas y no todas igualmente dignas, el legado más preciado y hoy reivindicado es el de prescindir de una forma definitiva y de una identidad final. Ser europeo pasa por desafiar a lo establecido como natural, ya sean límites identitarios, geográficos o políticos. Más que una identidad acabada y unos límites naturales, el europeo reivindica mar abierto, límites que transgredir, espacios que transitar y descubrir, otros a los que conocer y con los que experimentar en común. En este sentido, Europa aporta a la historia de la humanidad, además de grandes tragedias y pesadillas, la idea de la naturaleza *cultural* del hombre, la de la cultura como esa materia prima con la que las prácticas humanas moldean las formas sociales. Por ello, lleva en su seno la crítica, el autocuestionamiento; en definitiva, *la posibilidad* (E. Bloch). Ésta en una época en que Europa corre el riesgo de desplazarse hacia el modelo norteamericano, basado en la exclusión y en el levantamiento de vallas y muros.

Hoy más que nunca, Europa debe reivindicar su ímpetu explorador y su afán por lo desconocido. El mundo se ha sobrecargado de fantasmas y cadáveres. Vivimos tiempos de miedos y sospechas. Ante el riesgo de que Europa gire hacia dentro y se fortifique levantando muros, ha de reivindicar el gesto viajero de su precursor, Odiseo, que, hastiado de la seguridad de su Itaca natal, se siente interpelado por el riesgo ante lo

desconocido. Europa ha de fomentar y difundir esos valores que son necesarios para abrir las vías de un diálogo a varias bandas que obligue a todos los interlocutores a moverse, desplazarse, salir de sí, aventurarse con lo desconocido, romper naturalizaciones autoimpuestas.

El trabajo de Jürgen Habermas, *El Occidente escindido*, encara la cuestión de Europa desde un contexto de más largo alcance, como es el de Occidente, y siempre desde la órbita de la teoría de la acción comunicativa. Europa, a día de hoy, constituye una entidad difusa y errática que, sin embargo, tiene conciencia clara de la dirección que quiere dar a su proceso de maduración política. Ésa no es otra que la vía de la negociación política y el protagonismo de la opinión pública (transnacional). Su mayor problema consiste en la parálisis de las estructuras comunicativas que bloquea la participación ciudadana en su diseño institucional actual. El movimiento de fondo que debe iniciar el proyecto europeo pasa por dotar de mayor protagonismo «a la incontrolable cacofonía de una esfera pública compuesta de muchas voces». En este sentido, el papel exclusivo y excluyente del Estado como único actor político empieza a debilitarse. Hay otros actores (los ciudadanos cosmopolitas) que emergen y se abren paso en el espacio global actual y reclaman su protagonismo con un nuevo marco social y jurídico. Por ello, Habermas apuesta por la perspectiva cosmopolita con la cual salvar dos ideas que deben regir la convivencia europea desde una perspectiva transnacional:

- 1) La paz no es deseable por sus consecuencias, sino como un fin en sí mismo (o un mandato de la razón práctica).

CRÍTICA DE LIBROS

2) La transformación del orden internacional, en tanto que derecho de los Estados, en derecho cosmopolita, en tanto que derecho de los individuos. Éstos ya no son sujetos de derecho en tanto que miembros de un Estado, sino como miembros de una comunidad superior (*Oberhaupt*).

Según Habermas, la nueva Constitución debe profundizar en la integración, reforzar la capacidad de acción colectiva de la Unión y reducir el déficit democrático. Frente al modelo norteamericano, ha de incidir por la participación política de la diversidad de voces que constituye el mundo global, y frente al modelo de organización política del Estado, como sujeto social hegemónico en la primera modernidad, reivindica el papel del ciudadano como agente social cosmopolita que interviene en, y contribuye a, la edificación del lazo social. Ni el uso de la fuerza ni la identidad política del Estado como objetivación jurídica de un sentimiento nacional prepolítico legitiman el curso de la vida social, que ha de abrir sus instituciones a la interacción comunicativa desde la cual la opinión pública legitima o deslegitima las normas establecidas. Por ello, ante uno de los problemas que hoy parecen imponerse con más contundencia, la posible existencia de una identidad europea, Habermas responde que ésta ni existe a modo de esencia metafísica ni es pensable desde las tradiciones míticas y prepolíticas de cada Estado. De tener lugar, habría de desplegarse a partir de un marco transnacional de entendimiento donde lo prioritario fueran los procesos de comunicación refrendados por una armadura jurídica europea a la que remitirse como instancia última que decide sobre la resolución de conflictos. Éste es el escenario al que Europa,

y desde él Occidente, deben orientarse. En el nuevo horizonte transnacional, que incluye Estados, grupos sociales y ciudadanos, se debata democráticamente acerca de cómo resolver problemas que asolan a la sociedad contemporánea. Situaciones tan lacerantes de nuestros días como la Guerra de los Balcanes, la Guerra de Irak, catástrofes naturales, han promovido la emergencia de un cierta conciencia y solidaridad globales en las que se valora, además de lo que nos separa (identidades culturales, religiosas, políticas), lo que nos une, es decir, unas condiciones de vida dignas accesibles para todos los ciudadanos que pueblan el planeta.

Ulrich Beck y Edgar Grande retoman la idea de Europa incidiendo en su perfil cosmopolita. Siguiendo el marco teórico de la modernidad reflexiva abierto por el primero de ellos, ambos autores elaboran un conjunto de categorías que permiten ver a Europa en su trance actual como algo más que un gran Estado o Supraestado o la mera suma de Estados nacionales. Subrayan que Europa, a día de hoy, es más que nada un proceso de europeización en el que las realidades de la primera modernidad (entre ellas, el Estado) no desaparecen, sino que son superadas e incluidas en otro tipo de instituciones transnacionales. Este proceso sería resultado del éxito de la modernización promovida, principalmente, por Europa. En este sentido, Beck y Grande introducen dos ideas: la de lo cosmopolita y la del imperio.

La presencia de lo cosmopolita remite al gesto de confrontarse con sus naturalizaciones decimalísticas y confrontarse consigo misma, desbordando los límites rápidos y caducos tanto del

universalismo como del nacionalismo. En un caso, por su tendencia a suprimir las diferencias imponiendo normas unitarias, y en otro, por sus tendencias a homogenizar de fuera hacia dentro para diferenciarse como una unidad homogénea de dentro hacia fuera. Frente a ambos modelos, el cosmopolitismo que define a Europa se rige por el esquema «no sólo sino también» y plantea «percibir a los otros como diferentes y como iguales». Todo ello en el bien entendido que lo ajeno no sólo constituye un valor en sí, además supone una oportunidad para un mejor autoconocimiento y para experimentar con los propios límites.

Por otra parte, los autores hablan de imperio para definir los contornos políticos y jurídicos que sobre la marcha va adquiriendo el proceso europeo. A pesar de las reticencias que el concepto desperta por evocar experiencias históricas de hegemonía y dominación, el imperio europeo se caracteriza por la flexibilidad de sus fronteras, por la constante renegociación de las mismas y por su apertura discursiva hacia el exterior y hacia los otros. Frente a otros modelos de imperio, como el del Estado moderno, su fuerza no es la edificación de límites excluyentes, sino la de la expansión integradora de nuevos socios con los que compartir experiencias y destino. Se trata de un imperio sin *imperator*, cuyos rasgos más marcados son, por un lado, *una forma no jerárquica* de toma de decisiones y de participación de los actores estatales en el proceso de decisión europeo y, por otro, la participación de un gran número de *actores sociales* (grupos de interés, empresas, actores de la sociedad civil) en las decisiones políticas. Al mismo tiempo, se dispone sobre una estructura reticular en la que el poder no

puede concentrarse en la cúspide, sino que se sitúa en los puntos de encuentro e intersección entre las distintas instituciones y niveles del sistema. El poder abandona el centro y se sitúa en los márgenes.

En definitiva, Europa parece encontrarse en un momento de tránsito que obliga a la opinión pública y a la ciencia social a debatir acerca de sus procesos políticos y sociales en curso. En buena medida, estas reflexiones pretenden contribuir a clarificar su momento actual y a desribar imágenes gastadas que impiden ver lo que define su verdadera entraña: el desafío, el experimento, la transgresión; en definitiva, un ejercicio de autorreflexividad permanente.

Celso SÁNCHEZ CAPDEQUÍ

Mauro F. Guillén

The Taylorized Beauty of the Mechanical. Scientific Management and the Rise of Modernist Architecture

(Princeton University Press, 2006)

Uno se puede preguntar qué hace un catedrático de Sociología, experto en globalización y teorías de la organización, escribiendo un libro sobre corrientes estéticas en arquitectura. Aunque pocos manuales de sociología lo reconocen, la respuesta es simple: los sociólogos tienen también sus demonios personales, sobre